

# Editorial

Las sociedades contemporáneas son policulturales porque están conformados por una cultura nacional, una cultura de masas sincrética (asociada a las crecientes industrias culturales, a la que se agrega una cultura científico-técnica) y una cultura considerada “humanista” que engloba las letras clásicas, la filosofía y las ciencias humanas, cada vez más alejadas de su verdadero objeto que es el estudio y la educación de la humana condición.

A pesar de la dispersión y el tabicamiento de estos saberes en disciplinas, aún pueden coexistir en un mismo individuo esta gran variedad de campos culturales, sujetos cada vez más alejados de las actividades universitarias y culturales, pero aunque tuvieran más protagonismo ya no pueden simbiotizarse, salvo exquisitas excepciones. La escisión entre *intelligentsia* humanista e *intelligentsia* científica corresponde a una ruptura grave en el seno de la cultura.

La comunicación entre la reflexión y el conocimiento está rota y la ruptura, originalmente necesaria entre juicios de hecho y juicios de valor se convierte en este contexto, en ruptura entre nuestros conocimientos y nuestras existencias. La ruptura adquiere una forma radical porque, más allá de cualquier intento de restablecimiento de la unidad perdida, se choca con la dificultad de que estas dos culturas no pueden comunicarse porque poseen una estructura y una organización distinta.

Se llega así a una situación paradójica, donde la fecundidad de conocimientos convive con una creciente irreflexión, incompreensión y falta de sentido. La cultura humanista sufre una degradación de su capacidad de reflexión porque se halla cada vez más aislada de los conocimientos científicos y a su vez, la cultura científica incurre en abstraccionismo, incompreensión y sin sentido por una ausencia creciente de la reflexión. A tal punto que en general se confunden, los distintos humanismos, con las ciencias humanas y las humanidades.

A la crisis de la reflexividad va asociada la crisis de las ideas. Las ideas generales están cada vez más dislocadas de la cultura humanista. El ensayo crítico corre, cada vez más, el riesgo de lo arbitrario, la extravagancia y la ceguera dada la dificultad de un verdadero contraste con lo real. Del lado científico, el especialista rechaza las ideas generales porque las cree necesariamente huecas. Pero el rechazo de las ideas generales, es la más hueca de las ideas generales. Y, por lo demás, ningún especialista escapa a las ideas generales: ninguno puede prescindir de las ideas sobre el universo, la vida, la política, el amor. Finalmente, lejos de reducir las ideas generales huecas, el reino de los especialistas aumenta.

Añadamos que las carencias cognitivas se agravan en el seno de las capas tecno-burocráticas. Allí, en la cima de la competencia cognitiva, predomina no tanto “el profesional” que ejerce su oficio con conciencia y experiencia, sino el experto capaz de producir el diagnóstico pertinente a partir de su saber únicamente calculador y estrictamente especializado.

Todo lo que escapa a la razón calculadora escapa al entendimiento del experto, cuya principal sinrazón es no poder conocer la sinrazón humana como parte de la humana condición. Lo propio del saber del experto no es únicamente desconocer lo que escapa al cálculo, también es ignorar las interacciones entre los campos parcelarios del conocimiento especializado, y ser incapaz de responder al desafío del evento imprevisto, puesto que su experiencia está consagrada a resolver los problemas que se plantean en términos ya conocidos. Ni que hablar cuando un problema abarca distintas regiones que son observadas fragmentariamente según la grilla ciega de las disciplinas inconexas.

Frente a esta situación, Edgar Morin plantea las siguientes cuestiones epistémicas y políticas esenciales.

¿Cómo salvaguardar una visión global y compleja de los problemas fundamentales desde el aletargamiento de la cultura humanista, la desintegración y fragmentación de la cultura científica y la tecno-burocratización de las profesiones?

¿Cómo engranar entre sí la reflexividad de la cultura humanista y la objetividad de la cultura científica?

¿Cómo satisfacer la aspiración al conocimiento siendo que los conocimientos se hallan disjuntos, en saberse troceados y cerrados?

¿Cómo superar los límites cognitivos de la especialización salvaguardando, o mejor desarrollando, las competencias que asegura esta especialización?

¿Cómo hacer para que el conocimiento pueda reconocer sus propios problemas fundamentales y pueda conocerse a si mismo?

¿Cómo tratar estos interrogantes que plantean a la vez, el problema de una reestructuración de los principios mismos del conocimiento y el de la reestructuración de la escuela y la universidad, es decir de la organización sociocultural de la producción y transmisión de los conocimientos y su socialización en el contexto de las nuevas tecnologías?

La posibilidad de encontrar una pista para la respuesta a estos interrogantes se halla en la creciente aparición de movimientos de auto-transformación en el seno de cada una de las dos culturas, movimientos de auto-transformación que solo pueden producirse a partir de una toma de conciencia de la insuficiencia que les es propia, y de su despertar problematizador que cuestione los principios organizadores de sus propios conocimientos. Por ello, es preciso sostener aquellos programas que promueven el protagonismo ciudadano de los estudios humanísticos

y de la filosofía (no como disciplina), en torno al reconocimiento de la humana condición y la autonomía del pensar, dos temas estratégicos, relativamente alejados de las universidades y las escuelas del presente.

Actualmente emergen estos movimientos en el seno de la cultura humanista. Hace poco más de veinte años, eran rarísimos quienes sintieran que los conocimientos científicos concernían a todos y además que los principios que los rigen concernían a todos los conocimientos. Más tarde se habrían cada vez más, la cosmología, la astrofísica, la termodinámica, la biología, a las curiosidades humanistas que renuevan la visión del mundo, re-problematizan la naturaleza humana y complejizan los principios de conocimiento.

Así, comienza a reunirse la comprensión con la explicación, la demostración con la demostración, el sentido con el esfuerzo, el problema con el proyecto. Pero sobre todo a enraizarse el conocimiento como un principio que compone las estrategias de generación de la vida y no sólo la vida como principio generador del conocimiento.

Para ello, no solo debemos diferenciar sin separar la mente del cerebro, sino que al mismo tiempo, a ambos debemos conjugarlos con la cultura. La vida creó las condiciones de posibilidad de la mente a través de la tensión entre el cerebro y la cultura, hoy la humanidad debe crear la posibilidad de una mente creadora individual y colectiva, donde la dinámica imaginaria (poiesis) debe tener su protagonismo, más allá de la obsesión innovadora del mercado.

Al mismo tiempo, comienzan a manifestarse las condiciones de posibilidad de modificar los genes de la vida, insertando profundas modificaciones en la relación mente/naturaleza/cerebro/cultura. Mientras tanto la conciencia y el alma devienen aún en su misterio, el teatro de la vida humana y la fuente singular de la persona.

*El Director*